

## **Santiago 5:7-10**

Sermón Santiago 5:7-10 Adviento 3 2010

Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca. Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; el Juez ya está delante de la puerta. Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.” (Santiago 5.7–10)

Esperen con paciencia la venida del Señor

- I. Siguiendo el ejemplo del labrador
- II. Evitando la tentación de quejarse de otros hermanos mientras esperamos
- III. Siguiendo el ejemplo de los profetas del Antiguo Testamento

Estimados hermanos en Cristo Jesús:

Una de las cosas que recordamos en Adviento es la necesidad de la paciencia. Desde que Dios proporcionó la primera promesa de la venida del Mesías en el Antiguo Testamento hasta que el Cristo realmente vino pasaron miles de años, años en que pasaron muchas cosas para el pueblo de Dios, y muchas de esas cosas eran difíciles de soportar. Sin embargo, el pueblo de Dios fue llamado a esperar con paciencia la llegada de la plenitud de los tiempos, cuando Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley. En la Navidad recordamos el gozo de los primeros que vieron el cumplimiento de las promesas que tomaron tantos siglos para realizarse, y compartimos el gozo nosotros mismos por las noticias de que “os ha nacido en la Ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor”.

Sin embargo, nosotros también tenemos que esperar. Tenemos que esperar la Segunda venida de Nuestro Señor para juzgar el mundo. E igual como los creyentes del Antiguo Testamento, esto requiere de nosotros paciencia. Paciencia mientras experimentamos muchas cosas que parecen contradecir nuestro estado de hijos de Dios y reyes y sacerdotes de él mientras esperamos. Así que Santiago nos guía en cómo esperar la venida

de nuestro Señor. Con paciencia. Esperen con paciencia la venida del Señor, I. Siguiendo el ejemplo del labrador: 2. Evitando la tentación de quejarnos de otros hermanos mientras esperamos; 3. Siguiendo el ejemplo de los profetas del Antiguo Testamento.

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor”, escribe Santiago. El Señor viene, pero no ha llegado todavía. Mientras tanto, vivimos en un mundo en que hay injusticia, sufrimiento, persecución, explotación, y como los salmistas, estamos prestos a clamar: “¡Hasta cuándo, Señor!” El tiempo se prolonga, y más y más podemos estar tentados a la desesperación, es decir, perder la confianza de que realmente viene, y que viene pronto. Pensar que tenemos que ajustar las cuentas nosotros mismos, y no esperar que Dios haga justicia en el día final, y en general llegar a ser indiferentes a la prometida gloria que Dios nos ha prometido en Jesucristo.

Nuestro texto incluye varios ejemplos de paciencia en esperar para alentarnos. Escuchamos primero que debemos esperar con paciencia como el labrador espera la cosecha. El agricultor tiene que preparar la tierra, sembrar la semilla, y luego — esperar. No puede acercarse a su tarea como los niños de primer año en que una profesora les hace sembrar unas semillas de vegetales como frejoles para que aprendan cómo crecen las plantas. Siembran las semillas, y al día siguiente llegan al colegio y se desaniman, que todavía no hay plantas con vainitas ya maduras allí. Ni siquiera hay el comienzo de una plantita. Hay que esperar a que broten, crezcan, floreen, produzcan las vainitas y se lleguen al tamaño que se puedan comer, o si se busca frejol seco, esperar buen tiempo más para que se maduren.

El agricultor ya sabe que la cosecha no va a venir inmediatamente después de sembrar. Sabe que tendrá que esperar a que broten, a que lleguen las lluvias que permitan que su cosecha crezca y se madure, y que se madure, un proceso de muchos meses antes de poder disfrutar la preciosa cosecha que tanto ha esperado. No puede hacer nada para apresurar el proceso. La cosecha estará lista cuando esté lista.

Y así es nuestra espera del Señor. Vendrá cuando vendrá. Hay señales que se han cumplido que indican que se acerca su venida. Pero la venida no ha sucedido todavía. Y no sabemos cuándo será el momento. Ni Cristo sabía el día ni la hora. Pero

vendrá, y nosotros debemos estar preparados para su venida. Lo cual exige de nosotros paciencia en nuestro tiempo de espera.

Nuestro texto comienza con las palabras: “Por tanto”. En la sección anterior a nuestro texto, habla de personas ricas que están explotando a los más pobres. Esta sección culmina con la expresión: “Habéis condenado y dado muerte al justo, sin que él os haga resistencia”. Esencialmente Santiago está pronosticando un severo juicio para los que explotaron a sus semejantes en este mundo, un juicio de la ira de Dios que están acumulando para ser derramado de repente cuando venga Cristo en juicio. No es totalmente claro si esos explotadores también usaban el nombre cristiano, pero el hecho de que Santiago incluye la sección aquí y conecta nuestro texto con ella podría indicar que son personas acomodadas que han perdido de vista el juicio final y viven para esta vida con la idea de que todo vale con que yo me enriquezco. Santiago les llama al arrepentimiento y a estar conscientes de que sus actitudes contradicen su profesión de fe cristiana, y como ha dicho a todos: “la fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (Sant. 2:17).

Pero frente a esto, hay un serio peligro también para los que sufren maltrato de los que se llaman hermanos. En su descripción de los maltratados, se habla del justo que no hace resistencia. Encomienda su causa a Dios. Pero si se pierde la esperanza es fácil ceder a la tentación de tomar el asunto en sus propias manos, vengarse ellos mismos, y al menos estar llenos de quejas y murmuraciones en contra de los hermanos. Y eso es un pecado tanto como el de que los explotadores son culpables, y, dice Santiago, igualmente nos pone en peligro del juicio. “Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados”.

Vivimos en un mundo en que todavía hay mucho pecado. Y eso incluye pecado que un hermano comete contra otro. Cuando eso suceda, puede ser que la otra persona ha dejado de ser cristiano, como implica Santiago en su descripción en el párrafo antes del texto. Pero con mucha más frecuencia será el caso en que el hermano ha cedido a alguna tentación y así ha ofendido a nosotros. Pero eso nos deja tres posibilidades. Podemos soportarlo con paciencia, dejando que el Señor determine el verdadero motivo de la ofensa y el estado de la persona que la ha cometido, dejando que él según sus principios de justicia y misericordia trate con el pecado del otro. Podemos soportarlo, pero de mala gana, porque no podemos hacer otra cosa por el

momento. O podemos buscar la venganza, o ponernos a quejarnos del otro y no poder decir nada positivo de él, olvidando que nosotros también somos por naturaleza pecadores y que nuestra única esperanza es que Cristo nos perdone y no tome en cuenta nuestras muchas ofensas.

Sólo la primera opción es segura. Cuando reconocemos que nosotros mismos somos pecadores y que necesitamos mucho el perdón de Dios y de los demás, soportaremos también las ofensas de los demás. Cuando vemos que viene pronto el Juez, estaremos prestos a esperar con paciencia, aun cuando suframos daño en este mundo, sabiendo que pronto estaremos en el gozo eterno al lado de nuestro Salvador.

Las otras opciones en realidad son formas de juzgar a Dios y condenarlo por no hacer justicia en la forma y en el tiempo que nosotros creamos conveniente. Y respecto de eso la Escritura tiene muchas advertencias. En el Sermón del Monte, Jesús dice: “No juzguéis, para no seáis juzgados”. Anteriormente, en 4:11, Santiago ya ha advertido: “Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la Ley y juzga a la Ley; pero si tú juzgas a la Ley, no eres hacedor de la Ley, sino juez. Uno solo es el dador de la Ley, que puede salvar y condenar; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?”. Aquí Santiago nos advierte a no murmurar o quejarnos contra los hermanos “para que no seáis condenados”. Como dice un comentarista: “La cercanía del día final no es sólo un estímulo para anhelar el juico de los ‘pecadores’ y así quedar firme en la fe uno mismo, sino es a la vez una advertencia a examinar su propio comportamiento para que cuando aquél cuyas pisadas se acercan finalmente toque a la puerta, se puede estar preparado para abrirla, porque se tiene que abrir, sea para bendición o para juicio. El Señor que viene es el juez también del cristiano”. Por eso la solemne advertencia: “el Juez ya está delante de la puerta”.

Además, murmurar y quejarnos constantemente de nuestros hermanos arruina todo nuestro testimonio. Como dice el Pastor Marcos Jeske: “Santiago da dos ejemplos de la clase de conversación que nada más no debe salir de las bocas de los santos redimidos que esperan ansiosamente la segunda venida de su Redentor. Una es quejarse unos contra otros (versículo 9). ¡Nos necesitamos unos a otros! Necesitamos ánimo y guía de nuestros compañeros cristianos, no abuso verbal, ni chismes, ni crítica despiadada. Los cristianos que discuten hacen el

evangelismo casi imposible. ¿Quién quiere unirse a una iglesia que está llena de calumnias y pleitos? Incluso los incrédulos pueden oler los problemas desde lejos”.

Más bien, nuestro esperar debe seguir el modelo de la carrera de los profetas del Antiguo Testamento. “Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor”. Los profetas en general sufrieron, precisamente en consecuencia de su fidelidad al Señor. Hebreos 11 nos informa brevemente de su carrera: “Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada. Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados. Estos hombres, de los cuales el mundo no era digno, anduvieron errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra”. Podemos pensar en Elías, que tuvo que salir del país, y refugiarse en una cueva. Podemos pensar en Jeremías, repetidamente amenazado de muerte, dejado en una cisterna con lodo, finalmente llevado a Egipto contra su voluntad por la gente incrédula. Podemos pensar en Isaías, de quien la tradición dice que fue matado cortando su cuerpo en dos con un serrucho. Enfrentaron todo eso, y aunque a veces pueden haberse debilitado, nunca abandonaron su testimonio y fidelidad a Dios. La promesa de la venida del Mesías y su salvación los sostenía, de modo que aun así afrentados, mantuvieron la paciencia.

Fijémonos nosotros también en la meta, la maravillosa salvación que nuestro Salvador inaugurará cuando venga otra vez. Así hallaremos la fuente de la verdadera paciencia. Así podremos encomendar a Dios la resolución de las heridas que suframos durante esta vida. Así tendremos un corazón firme que confía en la justicia final de Dios. Y así, cuando llegue el Señor, escucharemos sus palabras: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25.34). Qué Dios nos conceda esto, y que el nacimiento del niño Cristo que celebraremos pronto nos inspire a esperar también con gozo y anticipación su segunda venida. Amén.